

LA MERCED DE DIOS

Huevos y torreznos

Rosa Navarro Durán

No pretendo elevar a gracia divina ese plato que los lectores del *Quijote* identifican con los «duelos y quebrantos», sino a intentarlos convencer de que tienen que cambiarle el nombre y ponerle este mucho más positivo y conveniente al gozo de saborearlo. No sé si los restauradores de La Mancha me harán caso algún día y lo cambiarán en sus menús, pero no les vendría mal hacerlo.

«Duelos y quebrantos»

Pero empecemos por el famoso pasaje de la comida de don Quijote que nos describe el narrador al comienzo de su historia: «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda». No voy a comentar cada una de las comidas, pero sí subrayo que esa afirmación final de que «consumían las tres partes de su hacienda» nos da la pista de que el registro que utiliza el escritor es el irónico porque no parecen bocados tan exquisitos para tan gran gasto.

Shelton en la primera versión inglesa de la obra (Londres, 1612) tradujo «duelos y quebrantos» por «griefs and complaints», y así es, y no lo que Oudin dijo en la suya al francés (París, 1614): «des oeufs et du lard»; Franciosini lo siguió al traducirlos al italiano por «frittate rognose» (Venecia, 1622). Vemos, por tanto, que el origen de la confusión está en la versión francesa de Oudin; y voy solo a aportar algún dato para demostrar que esa interpretación es un error puesto que he sumado ya pruebas de ello en otro ensayo¹.

¿Aparecen los huevos y el tocino en el *Quijote* con su propio nombre? Pues sí, porque en la *Segunda parte* la mujer de Sancho le dice a Sanchica que le prepare esa comida al paje que les ha llevado las cartas y la sarta de corales de parte de la duquesa: «saca de la caballeriza güevos y corta tocino adunia», y luego vemos, en efecto, a la muchacha «cortando un torrezno para empedrarle con güevos y dar de comer al paje» 2ª, L. Un poco más adelante, Sancho, en la venta donde se detiene con su señor camino de Zaragoza, al ver que el ventero no tiene nada de lo que le pide para comer, dice: «Yo pondré que se vienen a resumirse todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos», 2ª, LIX, porque era lo que solía haber en todas las casas, aunque tampoco había de ello en la venta porque el posadero había vendido el día anterior todas sus gallinas; sí le quedaba, en cambio, tocino, porque coció con él las dos sabrosas uñas de vaca que le serviría a Sancho. En el *Quijote*, pues, el tocino y los huevos aparecen con su nombre y no con ese supuesto que dicen que le da el narrador al detallar la comida del caballero andante.

Quevedo cita los «duelos y quebrantos» en la parte final de la *Pregmática que este año de 1600 se ordenó*, en donde se manda «salga de las comparaciones» una serie de frases hechas: «comerse las manos tras ello; cuando no me cato; haga vuesa merced conmigo penitencia; duelos y quebrantos...». Es decir, el escritor cita «duelos y quebrantos» como una expresión del dolor mil veces repetida. Y en el *Sueño de la muerte* (los *Sueños* se imprimen en 1627) sigue viéndola así, porque dice «Juan Ramos», el de la gata, quejándose de la idea de haber tenido una gata pues todos hablan de «la gata de Juan Ramos»: «Y aho-

¹ Navarro Durán, Rosa, «¿Qué comía Alonso Quijano los sábados?», en *Comida y bebida en la lengua española, cultura y literaturas hispánicas*, Facultad de Filología y Artes, Universidad de Kragujevac (Serbia), 2012, pp. 261-271.

ra no hay doncellita ni contadorcito —que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos— ni secretario ni ministro ni hipócrita ni pretendiente ni juez ni pleiteante ni viuda que no se haga la gata de Juan Ramos». Está muy claro que los «duelos y quebrantos» no se comen, sino que se cuentan, como es lógico.

Una nueva cita, la de un villancico, «En metáfora de un triste», de la *Primera parte de los Conceptos espirituales* de Alonso de Ledesma (1600), hace imposible que a principios del xvii los «duelos y quebrantos» tengan el sentido que se les da hoy porque el segoviano hubiera convertido el poema en una irreverencia:

No penséis, piadosos cielos,
que, por verse Dios acá,
llorando, cual veis, está,
sino que es un lloraduelos [...].
Es Dios quien ha de pagar
mis duelos y mis quebrantos,
y como ve que son tantos,
ya los empieza a llorar.

¡Pagar Dios sus duelos y quebrantos si en ese tiempo pudiera existir la dilogía en la expresión y leerse como «huevos y torreznos»!

Voy ahora a otro campo, el teatral, y recurro a una espléndida comedia de Tirso de Molina, *El castigo del penseque*, que Zugasti fecha entre fines de 1613 y 1615, aunque la datación podría prolongarse hasta 1616, porque el mercenario había leído ya la segunda parte del *Quijote*. La menciona el gracioso Chinchilla y también las *Novelas ejemplares* al encarecer los sucesos pasados: «Cuando los llegue a saber / Madrid, los ha de poner / en sus novelas Cervantes; / aunque en el tomo segundo / de su manchego Quijote / no estarán mal, como al trote / los lleven por ese mundo / las ancas de Rocinante, / o el burro de Sancho Panza» (vv. 765-773); y más adelante dice refiriéndose al caballero Pinabel: «Si no se va, por Dios que hay carambola; / cambrones lleva bajo de la cola» (vv. 2583-2584). Es la travesura que les hacen a don Quijote y Sancho dos muchachos al entrar en Barcelona: «alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas», 2ª, LXI. Como una de las aprobaciones de la *Segunda parte* está firmada en marzo de 1615 por José de Valdivielso, amigo de Tirso, quizás pudo verla este antes de ser impresa a fines de ese año.

La comedia está sembrada de ligeras pero continuas referencias al *Quijote*, se mencionan los encantamientos, a Amadís, a Belianís, y Chinchilla le dice a su señor don Rodrigo: «Señor, acota con él, / o no cenarás gigo-te» (vv. 219-210), porque don Quijote cenaba «salpicón las más noches», que es lo mismo que «gigote» (y no olvidemos que Dorotea en su papel de princesa Micomicona dice que el caballero se llama «don Azote o don Gigo-te»). Con estas vueltas y revueltas en la comedia de Tirso me voy acercando a mi objetivo, porque Chinchilla al comienzo de la obra va a decir a su señor, que se lamenta de las grandes desdichas que le persiguen:

Si pudiéramos comer
desdichas tuyas y mías,
no echáramos el dinero
menos; porque con mandar
a la huéspeda guisar
cuatro desdichas, primero
que aquellas se digirieran
—si hay para ellas digestión—,
por que hubiera provisión,
otras tantas acudieran,
y comiéramos los dos
desde hoy más nuestras desdichas.
(vv. 91-102)

Y al final de la comedia, cuando le dice a su señor «Tres días ha que no cenas / ni comes», será el propio don Rodrigo el que afirme: «Manjar de penas / es solo el que busco y quiero» (vv. 2946-2948): expresión de su dolor, porque el caballero en ese momento, igual que don Quijote, no tiene un alma que llevarse a la boca.

Si los duelos y quebrantos son manjar de pena, ¿por qué el traductor francés dijo que eran «des oeufs et du lard»? Pues porque debió de confundirlos con «la merced de Dios».

«La merced de Dios»

Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), afirma que los huevos y torreznos reciben popularmente el nombre de «la merced de Dios» y lo hace ilustrándolo espléndidamente con una escena de vida cotidiana al hablar de la expresión dentro del término «güevo»:

«Güevos y torreznos, la merced de Dios»; en las casas proveídas y concertadas², de ordinario tienen provisión de tocino, y si crían sus gallinas, también hay güevos; si viene a deshora el huésped y no hay qué comer, el señor de casa dice a su mujer: «¿Qué daremos a cenar a nuestro huésped, que no tenemos qué?» y aflígele mucho. La mujer le responde: «Callad, marido, que no faltará la merced de Dios»; y va al gallinero y trae sus güevos, y corta una lonja de tocino, y fríelo con los güevos, y dale a cenar una buena tortilla con que se satisface. Y de allí quedó llamar los güevos y torreznos la merced de Dios.

Y adviértase que coincide lo que cuenta Covarrubias con lo que creía Sancho Panza: que en la venta habría sobras de tocino y huevos.

Casi veinte años después Gonzalo Correas recoge también la expresión en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, en el que había trabajado años y que dejó inédito a su muerte en 1631, al aclarar con una facecia el dicho de «Cuando fueres a Valdeastillas, por merced de Dios que te hagan, no la recibas»:

Llegó un vizcaíno y preguntó si había qué comer; dijéronle que la merced de Dios no le faltaría, que es huevos y torreznos; después contáronsele, pero caro, y escocíole, y de eso se queja y avisa en el refrán. Este Valdeastillas está entre Medina y Valladolid; otro Valdeastillas hay en otras partes.

No queda, por tanto, duda alguna de que en esos años se llamaba «merced de Dios» a los huevos y torreznos. Pero si algún lector quisiera más testimonios, no tenemos más que adentrarnos en terreno picaresco porque en él nos encontraremos de nuevo con ella y lo haremos en los primeros años del XVII, que es cuando Cervantes escribió lo de los «duelos y quebrantos», y así quedará todavía más claro que no podían de ninguna manera significar lo mismo que tal expresión.

Vayamos primero al texto de *La pícaro Justina*, al capítulo 2º de la 3ª parte del libro segundo, «De la bizma de

² El propio Covarrubias define al «hombre concertado» como «medido, ajustado, que vive con orden y concierto»; no hace falta aclarar el porqué tener tocino en las casas permite calificarlas de «concertadas».

Sancha Gómez». Sancha es una mesonera de León que cree que Justina es de fiar y por ello le cuenta que había comprado huevos para vender a los huéspedes que habían venido a las fiestas, pero, por ser las truchas baratas, no había gastado ni uno y estaba muy apesadumbrada. Y añade la Pícaro: «De camino me dijo cómo, por temor de traviesos huéspedes estudiantes, había escondido los tocinos, miel y manteca», y la mesonera le pide que la alumbrase con un candil para sacar de un bodegón lo escondido; lo pasa luego a una alacena, que cierra con llave y, asida de un cordón, se la echa al cuello.

Prosigue Justina contando y llega a nuestro asunto: «Yo no andaba muy sobrada de comida, como ni de dineros; pero nunca hay falta donde traza sobra, en especial en esta ocasión, en la cual con el dedo se adivinara que era muy cierta la merced de Dios —que así se llaman huevos y torreznos con miel—. Luego dirá cómo a Sancha, de mucho trajinar en casa, le da un ataque que la postra en la cama y casi la lleva a la muerte, aunque no suelta la llave de la alacena. Y la hambrienta Pícaro concluye el capítulo volviendo a la merced de Dios: «Pero dio en no se morir, y yo en que con su candil había de encontrar la merced de Dios con miel por cima, como dijo el bobo».

Justina ha sancionado claramente lo que los lexicógrafos dicen, y otro pícaro va a servirme de nueva autoridad para asentar más —si fuera necesario— el significado de «la merced de Dios»: el guitón. Vayamos al capítulo XI de la *Primera parte del guitón Onofre*, texto manuscrito fechado en 1604 por la dedicatoria de su autor, Gregorio González, a don Carlos de Arellano y Navarra.

Un teatino está desesperado al ver que los gatos le han comido la olla pues Onofre ha tenido buen cuidado de hacerlo como si fueran ellos, y el Guitón cuenta luego: «Cuando hubo pasado buen rato de estas cosas, al fin se consoló, que el consuelo es el primer escalón de salir del trabajo, y, como pudo, aderezó su comida con un poco de tocino y huevos, que entre religiosos llaman la merced de Dios. Comió y fuéle pasando la cólera; que los duelos con pan son menos».

Acaba, pues, con otro refrán que también recoge Correas, «Los duelos con pan son menos», y que apuntilla el error del que he partido para hilvanar estos datos: nunca los duelos pudieron ser comida alguna, son «manjar de penas», como dijo don Rodrigo, solo sentimiento y dolor.

Antes de volver al comienzo, no me resisto a citar a Quevedo en uno de sus romances satíricos, «Dama cal-

vatrueno de condes», que comienza: «Pidiéndole está dineros / doña Berenguela a Antón, / y él entre sí está pensando / de dárselos entre no»; y como es «muchacha que peca en condes», a ellos la remite:

Si cuando queréis bureo,
ha de ser con un señor,
hija, cuando tengáis hambre,
mascad un príncipe o dos.
Muchachas que con los túes
toman un año sabor,
tengan de nuestras mercedes
emolumento y ración.
Dios os harte de marqueses,
y dejadme en mi rincón;
nunca os falten señorías
y a mí la merced de Dios.

He tenido que remontarme algo para que pueda verse el contexto de esa «merced de Dios» que Antón no quiere

que le falte, y esa imagen suya comiendo huevos con tocino nos devuelve al principio. Y sin embargo, en el siglo XVIII ya no pudo entenderse bien lo que decía el genial satírico, porque en el *Diccionario de Autoridades* se ilustra con estos dos últimos versos el término «la merced de Dios», que se define así: «Vale la Providencia y piedad que Dios usa liberalmente con todos». Y si vamos en busca de los famosos «duelos y quebrantos», topamos de nuevo con el error con una ligera variante: «Llaman en la Mancha a la tortilla de huevos y sesos» y se autoriza, claro está, con la cita de la comida de don Quijote, que nada de ello dice.

Las autoridades eran otras, que no se tuvieron en cuenta, y el punto de partida del error debió de ser la traducción al francés de la expresión. Su éxito sepultó hasta hoy a la verdad.

No estaría mal que en el siglo XXI dejáramos de comer ese sabroso plato de huevos con tocino como si fueran «duelos y quebrantos», porque no lo son, sino «merced de Dios», como dicen los textos contemporáneos del *Quijote*, y así hay que saborearlos. Creo que saldríamos ganando. ■ ■

BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes & Crítica, 1999, 3ª ed. revisada.
- Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. de Víctor Infantes, Madrid, Visor Libros, 1992.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid, Editorial Iberoamericana, 2006.
- González, Gregorio, *Primera parte del gaitón Onofre*, en *Novela picaresca, II*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Biblioteca Castro, 2005.
- Ledesma, Alonso de, *Primera parte de los Conceptos espirituales y morales*, ed. de Eduardo Juliá Martínez, Madrid, CSIC, 1969.
- López de Úbeda, Francisco (Baltasar de Navarrete), *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, en *Novela picaresca, III*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Biblioteca Castro, 2007.
- Quevedo, Francisco, *Prosa festiva completa*, ed. de Celsa Carmen García Valdés, Madrid, Cátedra, 1993.
- Obra poética, II*, ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1999.
- Tirso de Molina, *El castigo del penesque*, ed. de Miguel Zugasti, Madrid, Cátedra, 2013.